

MODERNIDAD Y LITERATURA: el modernismo en Costa Rica¹

Flora Ovares

Consolidación de la literatura nacional [3-5]

La consolidación de la literatura costarricense tuvo lugar en el momento del despegue de la economía cafetalera y su inserción en el mercado capitalista europeo. Hacia fines del siglo XIX, se afianzó en el país un cierto proceso modernizador que servirá de marco a la literatura que nos ocupa. Una serie de reformas políticas fortalecían el Estado liberal y consagraban las libertades políticas y económicas. Se instauró la enseñanza laica, se crearon el Código Civil y el Archivo Nacional. A la vez, se procedió a la construcción de ferrocarriles y otras estatales de importancia [5].

Se modernizaron las ciudades y se aceleró la transformación urbana. Hacia 1900, la capital, San José cambió de aspecto, se construyeron nuevas zonas residenciales y parques, como el Morazán, creado en 1887 y el de la Merced (1902). El surgimiento de la dramaturgia nacional, el auge del espectáculo y el periodismo, la construcción de lugares de diversión evidencian la entrada en la modernidad.

Se inauguraron teatros, como el Variedades (1889) y el Nacional (1897), se fundó el servicio de tranvía (1889), se construyeron el edificio de Correos y Telégrafos y aparecieron bancos, comercios, biblioteca, hoteles, estaciones de ferrocarril, hospitales, hospicios.

La presencia de las compañías de ópera, zarzuela y drama que permanecían por largas temporadas en San José hablan de una necesidad de esparcimiento, y consumo de productos culturales. Los teatros Variedades, Nacional, Trébol, América, Moderno, recibían grupos mexicanos y españoles, como la compañía Herrero-Tordesillas, la de Esperanza Iris, la compañía María Díez, la Adams. El Nacional acogió a artistas de fama mundial, como Pavlova, Galli-Curci y Benavente y a numerosas compañías de ópera italianas [5].

Inicialmente previstos para el disfrute de la burguesía, algunos de estos espectáculos resultaron accesibles para un público mayor, cuando las compañías se veían obligadas a terminar las temporadas en teatros más populares y baratos que el Nacional, como el Variedades. Incluso, desde 1903 las compañías ambulantes llevaban exhibiciones cinematográficas a locales improvisados en todo el país.

El auge del espectáculo, que se mantuvo aproximadamente hasta 1914, estuvo acompañado del crecimiento de las revistas literarias [4]. Entre muchas otras, Costa Rica Ilustrada daba a conocer obras de modernistas como Julián del Casal, Francisco Gavidia, Rubén Darío y Manuel Gutiérrez Nájera.

¹ “Modernidad y literatura en Costa Rica”, en José Antonio Funes, coordinador, *Antología literaria centroamericana, El modernismo*, introducción y selección para Costa Rica de Flora Ovares (San José: Coordinación Educativa y Cultural Centroamericana, Imprenta Nacional, 2008) pp. 57-71. Los números entre corchetes obedecen a las fuentes citadas al final.

La preferencia por lo literario se nota en Cuartillas (1894); dirigida por Agustín Luján, alterna cuentos de Ricardo Fernández Guardia, Aquileo Echeverría y Ernesto Martín, poesías de Justo A. Facio, cuadros de costumbres, crítica literaria y notas de libros.

El interés por la literatura se mantiene en publicaciones como *Pinceladas* (1898-1899) dirigida por Rafael Ángel Troyo y Soto Hall, *Athenea* (1917-1920) y *Arte y Vida*, fundada en 1909 por Daniel Ureña y dirigida por Luis Llach y Roberto Valladares. En *Pinceladas* la orientación modernista se muestra con bastante claridad y sus páginas se guían por una noción aristocratizante del quehacer poético.

Un elemento muy importante en las revistas son las traducciones y las reproducciones de los autores considerados modelos o correligionarios: en el caso de esta revista, por ejemplo, Theodoro de Banville, Rubén Darío y Gómez Carrillo. En otras se publican páginas de Goethe, D'Annunzio, Catulle Méndes, Mallarmé, Anatole France, Maupassant, Heredia, Blanco Fombona, Herrera y Reissig, Gutiérrez Nájera, Amado Nervo y muchísimos otros.

Las traducciones suelen ser obra de los escritores nacionales, que se preocupan de dar a conocer la poesía europea. Así, en 1903, Alejandro Alvarado y Fabio Baudrit vierten al castellano once narraciones de cuentistas franceses, como Maupassant, France y Marcel de Prevost y las publican bajo el título de Piedras preciosas.

Al conocimiento que tenía el público costarricense del modernismo gracias a las revistas y la labor editorial de varios comerciantes, es importante agregar la presencia de escritores de otras naciones, especialmente centroamericanos, en la escena cultural costarricense. Por ejemplo, entre 1891 y 1892, vive en el país Rubén Darío. El poeta entabla amistad con Aquileo Echeverría y otros escritores, publica y polemiza en varios periódicos y revistas de la época. En 1893 tuvo lugar la visita del cubano José Martí. También residieron en el país el salvadoreño Francisco Gavidia e intelectuales y políticos nicaragüenses como Enrique Guzmán, Pedro Ortiz y Miguel Ramírez Goyena [5].

¿Cómo se debe escribir? [3-5]

En este panorama destaca la preocupación por consolidar una literatura nacional. Por ejemplo, en 1890 y 1891 se publica la *Lira costarricense*, la primera antología de poesía del país. Carlos Gagini y Ricardo Fernández Guardia sientan las bases de la dramaturgia nacional, entre otras piezas con los juguetes cómicos del primero (*Los pretendientes* –1890-, *Don Concepción* –1902 y *El candidato*) y el drama Magdalena (1902) de Fernández.

La inquietud por definir y constituir una literatura propia no es un hecho aislado. Muchos esfuerzos políticos y económicos se habían dirigido a fortalecer la nacionalidad. Por ejemplo, la instauración de la enseñanza laica, la creación del Código Civil en 1888 y el nacimiento de la historiografía costarricense con la creación del Archivo Nacional en 1881.

En los diversos planos de la vida cultura hay una afirmación de los valores considerados nacionales. El arte exalta el espíritu nacionalista, como se nota en obras como el monumento al héroe nacional Juan Santamaría (1890) y el Monumento Nacional (1895), que conmemora la lucha de Centroamérica contra los filibusteros norteamericanos en 1856.

Por otro lado, la consolidación de los valores nacionales supuso enfrentamientos y polémicas. En pintura, a raíz de la Exposición Nacional de Artes Plásticas, los nacionalistas, a cuya cabeza se encontraba Enrique Echandi se enfrentaron a la orientación académica europea, defendida por Tomás Povedano.

También en la literatura tuvo lugar una discusión semejante acerca de cuáles debían ser los temas y el lenguaje propios de la literatura.

En 1894 se publicó *Hojarasca* de Ricardo Fernández Guardia, un volumen de diez cuentos de orientación y temática modernista. Algunos se desarrollan en ambientes lejanos: España en “Lolita” y “Sevilla” y Oriente en “El derviche”; otros prefieren el exotismo indígena, como “Tapaligüi”; “El manantial”, subtítulo “cuento neogriego”, describe el jardín como espacio amoroso propicio a la aparición de seres mitológicos.

A raíz de la aparición de este libro, en numerosos artículos de revistas y periódicos se generó una polémica acerca de cuáles debían ser los temas y el estilo de la naciente literatura. En ella, se enfrentaron los defensores del modernismo y quienes se oponían a este modelo de escritura.

Los nacionalistas propugnaban la necesidad de estudiar y conocer la realidad propia y proponían la fidelidad a dicha realidad como criterio de valoración estético. Igualmente, destacaban rasgos como la espontaneidad, la naturalidad y la creatividad en la literatura frente a lo que consideraban el rebuscamiento, la afectación y la imitación.

Por su parte, los modernistas valoraban la cultura y, sobre todo, la libertad del artista. Ante los ataques y críticas de varios de sus coterráneos, respondía Fernández Guardia: “En literatura como en arte no sólo debe haber libertad, sino libertinaje (...) ¿Cree usted que nuestro amigo Rubén Darío hubiera adquirido el envidiable renombre que tiene, escribiendo cuentecitos y cuadros de costumbres nicaragüenses? ¿Dejará de ser “El sátiro sordo” una página sublime por haber echado mano Darío a un asunto griego? (*El Heraldillo de Costa Rica*, 24, VI, 1894).

Paralelamente, se discutía acerca de la pertinencia cultural del habla costarricense, inquietudes que evidencian una preocupación por definir lo que es y debería ser la nación costarricense [3].

Orientaciones de la escritura literaria [5]

En la práctica, ambos códigos, criollismo y modernismo, modelarán los inicios de la literatura costarricense y mantendrán su vigencia hasta muy entrado el siglo XX.

Si se examinan las obras literarias más representativas de esos años se verá la coexistencia de los dos estilos literarios mencionados.

La obra de Manuel González Zeledón (Magón 1864-1936) se ha percibido como expresión de una identidad costarricense. En sus cuadros de costumbres y narraciones abundan las referencias a actividades cotidianas como la confección del chocolate, la selección del café, los juegos infantiles, la pintura de la casa.

Por otro lado, se debe a Aquileo Echeverría (1866-1909) la creación de la figura literaria del “concho” o campesino. Como el gaucho en Argentina o el charro en México, el concho se convirtió en un elemento del imaginario y la identidad costarricense.

En algunos escritores, como Carlos Gagini (1865-1925), “Costa Rica aparece como un espacio bueno, un orden moral, de equilibrio social, familiar y religioso” [5]. Autores como Manuel de Jesús Jiménez (1854-1916) se refieren a una especie de paraíso rural de igualdad y democracia, en el que imperaban la previsión, la justicia, la sencillez y la honradez. Mediante la oposición del presente y el pasado imagina una época dorada, en la que los intereses individuales y ciudadanos coincidían en el mantenimiento de la armonía social.

Paralelamente, a medida que se fortalecía esta imagen literaria del país y sus habitantes, ganaba espacio la reacción modernista, que se consolida durante entre 1905 y

1930. Una poesía predecesora de esta corriente literaria es visible en *Mis versos*, de Justo A. Facio. Por ejemplo, su poema “El ajénjo”, se detiene en la descripción minuciosa del licor verde: “Mirad sus verdosas ondas: / en sus húmedos reflejos / brilla la inmóvil pupila / de un gato que soñoliento / como una esfinge, despide / el encanto del misterio”.

Carlos Francisco Monge sitúa en la generación modernista a Roberto Brenes Mesén, Rafael Ángel Troyo, Lisímaco Chavarría, Rafael Cardona, José María Zeledón, Manuel Segura, Eduardo Calsamiglia y Rogelio Sotela [2]. Algunos de estos poetas incursionaron en otros géneros: Troyo escribió prosa poética y también una novela, *Corazón joven*, Calsamiglia se distinguió en el teatro y Brenes Mesén fue autor de notables ensayos. A esta enumeración habría que agregar algunos narradores que acudieron a esta escritura, como Ricardo Fernández Guardia en *Hojarasca*. También Francisco Soler publicó *El resplandor del ocaso* (1918) y la pieza de teatro *El último madrigal* (1920), de factura modernista.

EL MODERNISMO: INQUIETUDES TEMAS Y LENGUAJE

Una nueva sensibilidad

Junto con los primeros ensayos de escritura modernista, en algunos sectores existió cierta conciencia antiburguesa, así como un deseo de denuncia social en varios niveles de la cultura. En varios escritores, dicha actitud surge contra la supresión de los valores religiosos y estéticos y la mediocridad cultural de la época.

En una sociedad orientada por el utilitarismo, el poeta se consideraba un marginado social, rechazado por la sociedad regida por el materialismo, el prosaísmo y el desprecio por los valores culturales e ideales, que se simbolizan en el azul, la luz y el oro.

Esta oposición entre creador y sociedad, entre el poeta que encarna lo ideal y “el rey burgués” que resume lo prosaico y cotidiano, supone determinada noción de la dignidad de la poesía, que a veces toma el carácter de manifiesto poético.

En Costa Rica, esta visión del artista se manifestó en los comportamientos tildados de bohemios de ciertos poetas, como Rafael Ángel Troyo y Francisco Soler. También dio origen a algunos poemas como “El árbol poeta” de Roberto Brenes Mesén.

Unos años más tarde, también los escritores Camilo Cruz Santos, Francisco Soler y Roberto Valladares abogaron por la literatura como el espacio del ideal. Esta vertiente ideológica es perceptible sobre todo en el cuento y el teatro, en los que cobran importancia el espacio urbano, los salones y los conflictos burgueses. La tendencia se acentúa a medida que se ingresa en el nuevo siglo y aparece con nitidez en *La iniciación*, de Francisco Soler y Camilo Cruz Santos, publicada en 1914.

Esteticismo

Una forma de reaccionar ante la incomprensión de la sociedad es mediante la reelaboración poética de la herencia cultural y la imaginación de realidades estéticas que se oponen a la mediocridad del ambiente.

Surge así un mundo aristocrático, una utopía basada en la belleza y el derroche y se inventan espacios selectos como alternativa a la realidad circundante. Se intenta con esto fundar una intimidad más armoniosa y un sentido de la comunidad más pleno y enriquecedor [6].

Aparece el jardín modernista, con fuentes, cantos y seres mitológicos: “En ancho cauce el manantial sonoro, / como una cuerda de la agreste lira / con sones puros de cristal suspira / desgranando de perlas un tesoro” (Brenes Mesén, “El manantial”, 1894).

Rafael Cardona reúne también estos elementos en un escenario particular en “El poema de las piedras preciosas” [5]: “Un jardín, Tenue luna. Primavera... / El recodo de un lago. Escena sola. / Un canto se adormece, y a lo lejos / se puebla de luciérnagas la sombra” (El poema de las piedras preciosas”, *Oro de la mañana*, 1916).

Estos paisajes, muchas veces escenario del encuentro amoroso, se insinúan llenos de matices, en los tonos sugerentes y melancólicos: “Era la hora del Ángelus, la hora pálida del tramonto” (Rafael Ángel Troyo”, *Corazón joven*, 1907). “Es la vieja alameda del tiempo vencido / que tiembla de ternura / escuchando la antigua cascada de un amor en olvido / que despierta en la sombra de un jardín de silencio / y murmura” (Brenes Mesén, “La alameda”, *Hacia nuevos umbrales*, 1913).

Se acentúa el culto del arte y la concepción del artista como sacerdote de ese culto o como ser al margen de la ramplonería del resto de la sociedad: “Hay un signo en tu horóscopo celeste / que es un lunar de herencia y extravío; / él puso, en la inocencia de tu veste, / el pétalo de sangre del hastío” (Rafael Cardona, “El poeta”, *Estirpe, loanza de una cultura*, 1951).

Se trata sobre todo de imaginar el mundo como una obra de arte. Por eso, entre los temas preferidos por el modernismo se han citado los motivos referidos al arte, o sea poemas a la escultura, la música o la poesía [2]: “Maravilla de clásica escultura / que recuerda de Grecia los fulgores, / es el grupo que diestros escultores / en mármol entallaron con tersura” (Lisímaco Chavarría, “Lacoonte”, *Orquídeas*, 1904).

Exotismo

Muchas de estas realidades imaginadas se buscan en ambientes lejanos, como el Oriente, París y Andalucía. Por ejemplo, Troyo plasma la búsqueda del ideal en el arte, en la literatura y en los paisajes y ambientes íntimos llenos de exotismo: “Su minúsculo gabinete era un precioso estuche, lleno de valiosos dijes de marfil y ricos tapices bordados de gárgolas y dragones fieros. Biombos cubiertos de cigüeñas rosadas y platos de laca yokoamesa, donde se esponjaban perfumadas y frescas peonías” (“Marfil”, *Terracotas*, 1900).

Roberto Brenes Mesén, ambienta su libro *Lázaro de Betania*, en parajes colmados de reminiscencias exóticas y religiosas, como El Líbano, el Monte los Olivos y Emaus: “Es una arábica diadema de plata el fragmento de luna suspendido allá lejos, sobre las tierras de Emaus”.

En ocasiones, la mirada del poeta no se aleja de los espacios o personajes nacionales sino que trata de conferir a estos un valor estético. Se intenta insertar el paisaje nacional en un sistema de signos culturales, hacer de él un objeto de arte [5]. Sucede así con Lisímaco Chavarría: “Seméjase a una esfinge de pedernal eterno / erguida ante el abismo del piélago sonoro” (“La roca de Carballo”, *Orquídeas*, 1904).

Igualmente, algunos poemas de Brenes Mesén poetizan a partir del entorno campesino: “Sarta es su voz de melodiosos trinos, / con el banano su esbeltez alterna, / y hay en su firme y escultórea pierna / el lustre y el matiz alabastrinos” (*En la floresta*, 1894).

Erotismo

Otro elemento de esta literatura es el erotismo, elemento fundamental del proceso de la creación artística concebido por los modernistas. El amor galante, exótico, romántico o sacrílego se repite en todos estos poetas [7]. Por ejemplo, en Rafael Ángel Troyo: “El amor es una sierpe que duerme en un nido de rosas, pensaba. ¡Ah! ¡Qué licor el que había bebido en la copa de esos labios malditos” (*Corazón joven*, 1907).

Salomé”, de Brenes Mesén, es un poema de insinuante sensualidad: “Quiero hundir los jacintos de mis manos / en tus guedejas de león rugiente / y vagar por la tarde de tu frente / sintiendo en su interior estos arcanos / de pensamiento que turbaron mi alma” (*Hacia nuevos umbrales*, 1913).

Junto a este tema, muchas veces surge el del tedio existencial, que ejemplifican tempranamente los poemas de Justo A. Facio: “Pasó también tu simple desvarío / que también el amor tiene su ocaso / y al apurar con ansiedad tu vaso / encontraron tus labios el hastío” (“Hastío”, *Sonetos grises* (1894).

La armonía del universo

Para el poeta modernista, el universo oculta correspondencias que sustentan una armonía recóndita que puede ser recreada en el poema. Las cosas tienen “alma” pero esa esencia está velada: “Son los cisnes de la lira, / es el rumor de lo arcano, / es el inmenso infinito / tras el velo de lo humano” (Brenes Mesén “Rumor”, *Hacia nuevos umbrales*, 1913).

De ese autor es “El árbol poeta” que reitera la noción del poeta como intérprete de lenguaje del universo: “El alma del poeta es un follaje / que canta en el silencio de un paisaje / los secretos profundos del subsuelo, / la voz del aire en cuyo ondeante velo / prende el perfume del amor, la sombra / de una angustia mortal que no se nombra, / los ideales del hoy del mañana: / su grande alma es toda el alma humana” (*Hacia nuevos umbrales*).

El ocultismo y las doctrinas esotéricas, a las que se dedicaron algunos de ellos, les permitían penetrar en esos arcanos o misterios. El propio erotismo, concebido como movimiento hacia el encuentro armónico con la naturaleza y con la Mujer, como afán místico de trascendencia, se relaciona con este anhelo modernista. Pero sobre todo, la propia poesía, gracias a la proximidad con la música que le proporciona el ritmo, está llamada a reproducir la secreta armonía del universo.

Trabajar con la palabra

Interesa entonces trabajar el estilo de los poemas para lograr la perfección formal, como anota Rafael Cardona: “Como joven artífice que labra / el esbelto jarrón de un sentimiento, / con su fino buril mi pensamiento / talla el ánfora azul de la palabra” (“El poema de las piedras preciosas”, *Oro de la mañana*, 1916).

En general, el modernismo consagra un acervo léxico particular, apartado del coloquialismo y el regionalismo. Se intenta una especie de “aristocracia del lenguaje”, un léxico alejado del lugar común.

El lenguaje se orienta hacia lo sensorial y el énfasis léxico recae en el color, la forma, el sonido, los aromas [2]: “Los higos hermosos, lucios, de un morado oscuro dejan pregustar su miel; los duraznos son de un rosado encendido, mejilla son de vírgenes de Jerusalén (Brenes Mesén, *Lázaro de Betania*, 1935).

La defensa de la hispanidad y el americanismo

El modernismo se ocupa también de los temas de la unión americana, la confianza en la raza latina y la fe en el porvenir. Estos aparecen, por ejemplo, en la novela de Carlos Gagini (*La caída del águila*, 1920). Pero, sobre todo, marcan la producción literaria de las generaciones inmediatamente posteriores a la modernista.

El hecho histórico de 1898 (la derrota de España ante Estados Unidos por las últimas colonias en el Caribe y Filipinas) hace que los escritores y pensadores opongan un orden espiritual, la originalidad de América Latina, el catolicismo y el idealismo latino, al avance del pragmatismo y el materialismo, encarnados en Estados Unidos.

La defensa de la latinidad y el rechazo al materialismo orientan las páginas, entre otros, de Joaquín García Monge, Carmen Lyra, Omar Dengo y Mario Sancho. Sin embargo, como explica Henríquez Ureña, no pueden catalogarse como modernistas por su estilo, aunque fueron influidos por ese movimiento y retomaron los temas mencionados [1].

Referencias bibliográficas

Por su carácter divulgativo, este trabajo sistematiza datos y opiniones acerca del modernismo en Costa Rica que aparecen en los siguientes libros, a los que se hace referencia con el número correspondiente.

- [1] Henríquez Ureña, Max, *Breve historia del modernismo* (1954) México: Fondo de Cultura Económica, 1978.
- [2] Monge, Carlos Francisco, *Antología crítica de la literatura costarricense*, San José: Editorial de la Universidad de Costa Rica, 1992.
- [3] Ovares, Flora, Margarita Rojas, Carlos Santander y María Elena Carballo, *La casa paterna: literatura y nación en Costa Rica*, Heredia: Editorial de la Universidad de Costa Rica, 1993.
- [4] Ovares Flora, *Literatura de kiosco. Revistas literarias de Costa Rica*, Heredia: Editorial de la Universidad Nacional, 1994.
- [5] Rojas, Margarita y Flora Ovares, *Cien años de literatura costarricense*, San José: Farben, 1995.

Otros textos utilizados son:

- [6] Jaime Concha, *Rubén Darío*, Madrid: Ediciones Júcar, 1975
- [7] Pedro Salinas, *La poesía de Rubén Darío* (1948) 2a. edición: Barcelona, Seix Barral, 1978.

ANTOLOGÍA

1. Roberto Brenes Mesén

Las dos manos

Color de golondrina
se mece en el azul de la mañana.
En el florido limonero trina
El perfume de azahar, i se desgrana
en el sereno ambiente
la canción del olvido de una fuente.
Lavado en lila el aire transparente
parece estar de hinojos
contemplando el azul de la montaña,
tan quieto i silencioso está!

La joven
se asoma en el umbral de la cabaña,
toda de blanco i sus morenos ojos
recorren el camino
que va desde los llanos hasta el monte.
De pronto, dos palomas blancas, juntas,
tocándose las alas por las puntas,
baten el aire como un par de manos
hechas de nieve, tras igual destino.
I así cruzan los montes, i los llanos,
buscando la amplitud de otro horizonte!

En el silencio

Sugestión A Soledad Vera

Entro al azar en tu pequeña estancia
tapizada de estrellas; en la sombra
se pasea la tímida fragancia
de las flores marchitas en la alfombra.

El lecho de madera de caoba
lo custodia una Santa Filomena,
i la esencia de virgen de tu alcoba
todos los muebles i las ropas llena.

Junto al espejo el quitasol de seda
con que fuiste al jardín desde temprano,

aun conserva el olor de la arboleda
y la débil caricia de tu mano.

Algo de ti, de tu persona misma,
se envuelve en una ráfaga de aliento,
¡bella, así como al través de un prisma,
te he mirado en la mitad del aposento.

En el silencio

Viejos idilios

Monogramas esculpidos ha mucho tiempo
sobre la piel, entonces joven, de los esbeltos
árboles, cuentan en este parque viejo
la historia del amor de todo un pueblo.
Es un bosque de nombres,
un bosque de amorosos corazones
vibrando de pasión en sus prisiones
de letras enlazadas y de trenzados signos.

Ya ahora son los árboles ancianos.

Las jóvenes parejas, unidas de las manos,
por entre el bosque vagan, con rumorosos pasos,
leyendo monogramas, adivinando
al parecer, idilios del pasado.

Con sus labios de rosa me besa la ternura
y deposita como un ramo de azahar, en la urna
de mis santos recuerdos un perfume de amor.

Vuelvo en mí. Se ha filtrado un fulgor
de sol a través del velo de oro
con que se viste la Estación de Otoño.
Ya no hay parejas. Fue visión de hadas.
Fueron sombras, las sombras enamoradas
de seres que esculpieron las iniciales de sus nombres
y vuelven a vivir un instante del pasado
enfrente de los árboles que llevan su recuerdo
más allá del silencio de los hombres.
Ya no hay parejas. ¡Fue visión de hadas!

Hacia nuevos umbrales

Salomé
A Mlle. Ralli

La luna se levanta de su lecho
de ámbar, como una blanca flor de plata.
Se oye la voz de Juan en la cisterna
donde habrá de morir y en el palacio
la virgen Salomé, de blanco pecho,
desde el brocal de la cisterna le habla:

«Calla, mi bello Juan; tu voz es agua
que hinche cantando el cántaro vacío
de mi ansia de adorar y ya está lleno:
te adoro, Juan, y debo hacerte mío.
Quiero mirar tus ojos, dos cavernas
donde se agitan las panteras crueles
de tus miradas, de brillantes pieles,
frescas, como si fuesen dos cisternas.
Quiero hundir los jacintos de mis manos
en tus guedejas de león rugiente
y vagar por la tarde de tu frente
sintiendo en su interior esos arcanos
de pensamiento que turbaron mi alma.
¡No se yo cuántas noches escondidas
en tu melena están ni cuántas vidas!
Tu cuerpo tiene una altivez de palma
y me parece un templo, un bosque denso
lleno de blancos ciervos y azucenas,
un bosque de belleza ideal e inmenso
donde no hay aves que lamenten penas.
Tu rostro, es un vergel donde se siente
un suave olor de mirra, es una fuente
murmurando en sus tazas de esmeralda
las palabras bellísimas de tu alma.»

Y fuese Salomé, con pasos tardos,
soñando en la expresión de la cabeza
de aquel profeta y murmurando quedo:

“Como el tallo flexible de los nardos,
bajo el peso del ala de la brisa,
se plegará a mi encanto su fiereza.”

El ópalo lunar de una sonrisa
brilló en sus labios y sus verdes ojos.
Un velillo de púrpura en la frente

de la luna roció de tintes rojos
la terraza de mármol del palacio,
las notas de la cítara del viento
y las rosas de plata en los jardines.

Es una estrofa musical que danza
sobre la alfombra Salomé, y se siente,
en el ritmo gracioso de sus miembros,
el canto de la voz de los violines.

De pronto surge, en la argentada fuente,
la cabeza de Juan con nimbo de oro.
La danza se congela en la silente
nieve de luna del palacio blanco,
y un suspiro de amor con sus dos alas
de perfume y pasión cruza las salas
del rey Herodes.

Salomé se yergue.
Como dos copas diáfanas, henchidas
del divino licor de una plegaria,
alza sus ojos al supremo albergue
del misterio y de la última esperanza.

Turbada el alma, la princesa danza.

Sus pies, de una blancura de paloma,
parecen, deslizándose en la alfombra,
la plata de dos rayos de alba luna
sosteniendo el encanto de una sombra.
Y vuelve a hablar, y su palabras tiemblan
bajo el peso infinito de su aroma.

«Ya estás en mi poder, bello profeta,
puedo beber el filtro de tus besos
en esa copa de coral que no habla
y bañar el martirio de mis manos
en el agua lustral de tus cabellos.
Ya estás mi poder, bello profeta,
y puedo oír, con mis abiertos ojos,
la música divina de tu rostro.
Para huir por la tarde de tu frente
con la ronda de fieras de mis sueños
pedí que la mañana y mediodía
quedasen separados de la tarde.
Por eso estás conmigo, cumbre fría
de torre sin piedad que vino al suelo
como una rota flor y un don del cielo,

para el postrer amor de esta princesa.
Mirándote, profeta, yo me postro
para escuchar, con mis abiertos ojos,
la música divina de tu rostro.

Y el cántaro de rosas de su vida
se volcó sobre el agua de la muerte
para aromar las aguas de otra vida.

Hacia nuevos umbrales

Las cosas

Las cosas son las silenciosas urnas
que guardan algo de divino en ellas:
el fuego de la luz de las estrellas,
la mansedumbre de un fulgor de luna.
Las cosas son granadas de rubíes
abiertas para el ojo de la mente:
cantan en su interior y alegres ríen
como las limpias voces de la fuente.
Las cosas sienten el contacto humano,
caricias y desdenes, luz y sombra,
el calor amoroso de la mano
y el arrullo feliz de la paloma.
Las cosas son el pensamiento en pieles
de sorda piedra o de metal sonoro,
ideas impalpables, que se sienten
como un aroma en un reflejo de oro.
Las cosas tienen inmortal memoria,
espejos son que lo recuerdan todo,
cada una es un fragmento de la historia,
cada una es nota musical del Cosmos.

Hacia nuevos umbrales

Lisímaco Chavarría

Lacoonte

Maravilla de clásica escultura
que recuerda de Grecia los fulgores,
es el grupo que diestros escultores
en mármol entallaron con tersura.

Del triste Laocoonte la amargura
revela de su cuerpo los dolores:

y al lanzar los postreros estertores
se retuerce luchando con bravura.

Dos serpientes feroces de Tenedos
lo enlazan a sus hijos con enredos
quitándoles al cabo la existencia.

¡Así el genio sostiene ruda lidia
con la sierpe terrible de la envidia
que le acosa y le muerde sin clemencia!

Orquídeas

La Magdalena de Henner

Al maestro Povedano

Destrenzada su blonda cabellera
y con la faz hundida entre las manos,
echa al olvido sus placeres vanos
y gime compungida la ramera.

Desnudo el cuerpo, que triunfado hubiera
de las diosas y mármoles paganos,
ostenta sus contornos soberanos
de la Venus de Milo a la manera.

Así del gran pintor, la pecadora
que mereció el perdón del Nazareno,
arrodillada su pasado llora...

Sobre su torso, de belleza lleno,
una escala de luz, como una aurora,
desciende hecha caricia hasta su seno.

Desde los Andes

Espigas y azucenas

La muerte es un matiz de la existencia,
morir es florecer en otra forma;
la caduca materia se transforma
en ser nuevo, en rosales o en esencia.

La vejez es la humana inconsistencia
que sometida a la inflexible norma
de Natura, se rompe y se deforma
en átomos, en luz o en florescencia.

¿Por qué miedo a la muerte? No lo acierto,
si de todo placer triunfan las penas,
las cuales finan cuando el ser ha muerto.

La vida se descifre sus cadenas
y en la huesa, en el carmen o en el huerto,
la carne se hace espigas o azucenas.

(1914)

El estero

Es una inmensa lágrima caída
en una copa de eternal verdura
y sus linfas arrullan la espesura
donde la garza soñolienta anida.

Como una mole extraña y carcomida,
mostrando marfileña dentadura,
se ve un caimán, allá, bajo la obscura
orilla del manglar, humedecida.

A modo de ave que cansada vuela,
cuando la tarde los peñones dora,
orlada de arrebol, cruza la vela...

En sus ondas de linfa bullidora,
donde duermen los himnos de la estela,
columpia sus aljófares la aurora.

Desde los Andes

Cartago

Embozada con blondas de neblinas
se muestra ante los ojos del viajero;
la perfuma el membrillo tempranero
que sazona de Cot en las colinas.

Se encuentran en las huacas de sus ruinas
las huellas del indígena primero,
dos volcanes se yerguen en su fuero

cual gigantes de testas blanquecinas.

Florece las parásitas extrañas
entre el musgo que brota en sus tejados
y se engarza el jazmín en sus pretiles.

Le tributan frescura las montañas
alfombras siempre verdes los sembrados
y olorosos duraznos los abriles.

Desde los Andes

Ricardo Fernández Guardia

El cuarto de hora

En una habitación apartada, adonde apenas llegaba el rumor de las cadencias de la orquesta, habían buscado refugio varias personas, que ya por su edad, ya por fastidio, huían del baile. La conversación era general en los grupos de mamás, que procuraban, por este medio engañar el sueño. Hablaban de casamientos, de males, del último escándalo de la fulanita, de la carestía de los víveres y otras trivialidades por el estilo, base y fundamento de la charla de nuestras burguesas americanas. En uno de los corrillos parecía reinar verdadero buen humor, según eran frecuentes las risas discretas de las personas que lo formaban, siendo de notar que todas eran por lo menos cuarentonas.

La conversación rodaba alegremente sobre lo del cuarto de hora de las mujeres, tema viejísimo, rebatido de generación en generación, pero siempre nuevo y picante.

- El cuarto de hora no lo padecen más que las mujeres casquivanas - sostenía doña Soledad de Arlegui, viejecita enjuta y de mucho palique. Una mujer honrada y cristiana no tiene cuartos de hora.

— No, que no— replicaba con viveza el general Pérez -. Todas, doña Soledad, todas ustedes pasan por ese momento crítico, aunque no sea más que una vez en la vida. El todo consiste en que la suerte les sea adversa o propicia en ese lance delicado.

— De manera que según usted, general, la mujer que no ha faltado es por mera casualidad, porque la ocasión no ha favorecido su caída, o bien porque el seductor no supo aprovechar el momento; en fin, por mil razones, menos por virtud.

— Pues, casi casi. Descartando, por supuesto, a las que por su fealdad, no han estado expuestas a tentaciones.

— ¡Qué atrocidad, general! Tiene usted unas cosas y una moral verdaderamente militares.

— No tal; esta manera de pensar no es solamente mía; mis opiniones sobre esto del cuarto de hora de las mujeres son en lo general compartidas por todos los hombres que han corrido un poco y visto el mundo. Y no me cabe duda de que si se pusieran a votación secreta entre las mujeres mi teoría y al de usted, habría de triunfar la mía por gran número de votos.

— No lo pienso yo así — repuso doña Soledad. Usted, como todos los hombres que han calavereado mucho — y no creo ofenderle al decir esto(sonrisa del general)— se imagina que todas las mujeres son iguales a las que han tenido la debilidad de ceder a sus caprichos, sin tomar en cuenta que de esas han triunfado, en la mayoría de los casos, porque ellas mismas deseaban ser vencidas. La mujer que nace débil lleva en sí un no sé qué indefinible, pero que se conoce a la legua; un cierto airecillo de liviandad que va diciendo: “Tómame; yo soy de las que tienen cuarto de hora”. ¿No opina usted lo mismo que yo, María? - añadió dirigiéndose a una señora bastante jamona, pero que parecía haber sido muy hermosa.

La interpelada contestó con uno de esos gestos vagos, que tanto quieren decir que sí como lo contrario. El general la miró de cierta manera maliciosa; y ella, visiblemente turbada por esto, trató de marcharse.

— No se vaya usted, María - dijo el militar con cierto retintín disimulado. Quiero que sea usted testigo de la derrota de mi terrible adversario. Me propongo probarle ahora que no sólo las mujeres que tienen el airecito aquel son accesibles a las traidoras embestidas del temido cuarto de hora. Voy a referir a ustedes — agregó dirigiéndose a todos — un lance amoroso de que fue protagonista un amigo mío muy querido, hace ya más de veinte años. El asunto tuvo por cuadro el lindo puerto de Puntarenas, el cual se hallaba por ese tiempo en todo su esplendor comercial. Ese amigo, a quien llamaré Carlos, y yo vivíamos en aquel entonces allí, con la esperanza de hacer fortuna. No lo pasábamos del todo mal, trabajando mucho y divirtiéndonos como Dios manda, sobre todo en la temporada de los baños, allá por los meses de febrero y marzo. El año 65, si mal no recuerdo, fueron muchos los bañistas que acudieron del interior de la República, a secar al amor de aquel sol de fuego sus miembros entumecidos por la humedad de seis meses de lluvias. Apenas nos alcanzaba el tiempo para gozar: un día era un baile, otro un gira o una expedición por el Golfo de Nicoya de sin rival belleza, con sus verdes islas y su mar de zafiro, todo poblado de alegres y juguetones delfines.

- General, está usted poetizando — interrumpió doña Soledad.

- Siempre que hablo del Golfo de Nicoya me sucede lo mismo — replicó el militar —. Aquello era maravilla. Pero vuelvo a mi aventura, o mejor dicho a la de mi amigo Carlos. Sucedió que entre las muchas bañistas que concurrieron aquel año a Puntarenas, había una que era un portento ¡Qué mujer, doña Soledad, qué mujer! - Un talle así (y el general formó un círculo con los dedos índice y pulgar de ambas manos); unos dientes más lindos que las perlas del golfo; y unos ojos... no hallo cómo pintarlos; en fin, grandísimos, negros como dos cajas de betún.

- ¡Vaya una comparación! – exclamó dona Soledad.

- Qué quiere usted, así me lo parecieron, y a mi amigo Carlos también, que todo fue verlos y enamorarse locamente de ... ya no recuerdo cómo se llamaba su dueña. La pasión de Carlos era criminal, como se dice en los dramas, porque la bella era casada; sí, señores, casada como un caballero gordo, rico, de muy buen apetito, en fin toda una persona decente, pero a mi juicio indigna de poseer semejante alhaja. A pesar de esto era ella tan recatada, su porte revelaba tanta modestia y virtud, que bastaba a descorazonar al mismo Lovelace. Carlos, no pudiendo hacer cosa mejor, se limitó a adorarla en secreto, sin dejar por esto de enderezarle sus baterías. Bien pronto, merced a sus delicadas atenciones, logró captarse la buena voluntad del marido y un poco también la de ella. El pobre muchacho se desvivía zaqueando la ciudad a caza de frutas, flores y conchas para obsequiar a su amada; y era completamente feliz cuando ella le decía, ahuecando en una sonrisa los divinos hoyuelos que tenía en las mejillas: “Mil gracias por los marañones que nos mandó usted ayer. Estaban ricos”. O si no: “Qué amable es usted. No se puede imaginar cuánto lo agradeció mi marido los cocos. Ha comido mucho, temo que se enferme”.

Cualquiera frase de éstas ponía a Carlos de buen humor por veinticuatro horas lo menos. Sin embargo, durante sus largas noches de vigilia se reprochaba amargamente su tontería, su ridícula timidez, apenas propia de un adolescente. Entonces hacía grandes y arriesgados proyectos. Sí, él hablaría resueltamente, declarándole su loca pasión; y con tales colores se la iba a pintar, que a menos de ser ella insensible como una piedra, habría de ablandarse. Pero todo era estar a su lado que sus planes se desvanecían como el humo azul de un cigarro. Su resolución se estrellaba contra aquella carita de madona que respiraba honradez y virtud; le temblaban las piernas, se le entumía la lengua... Vamos, que el muchacho tenía menos ánimo que una colegiala.

Así las cosas, llegó el día señalado para una excursión por el Estero. A las cuatro de la tarde, calmados en parte los rayos del sol, nos embarcamos en cinco lanchas. Atravesamos rápidamente la parte ancha del Estero; pero al llegar a los canales continuamos bogando con mucha lentitud. Yo no he estado nunca en Venecia, pero dudo mucho que sus canales famosos superen a los del Estero de Puntarenas; porque si bien es cierto que éstos carecen de palacios, reemplázanlos con ventaja los más ricos dones de la naturaleza. Juncos, palmeras y helechos crecen allí con extraordinario vigor; en los árboles, frondosos y corpulentos, se anidan orquídeas multicolores, y los arbustos se pliegan en busca de frescura, metiendo las ramas dentro del agua. Cada vez que dábamos vuelta a un recodo, hacíamos huir una bandada de garzas, blancas como algodón las unas, grises o color de rosa las otras, que luego se iban más allá a continuar la pesca interrumpida. El sol se había hecho inofensivo por la espesura de los follajes. De repente vibra en el aire una nota clara, penetrante, pero al propio tiempo llena de dulzura y voluptuosidad; era la voz sonora de la marimba, compañera indispensable en las fiestas puntareneñas. Un grito espontáneo de alegría saludó al popular y bullicioso instrumento; habíamos llegado al término de nuestro viaje: un precioso rinconcito cubierto de césped y entoldado por una enramada de palmas y hojas de bananero. Saltamos a tierra y luego comenzaron a estallar los corchos del champaña.

Pasamos una tarde deliciosa, pareciéndonos más a una tropa de niños, que a gente seria. Carlos se aprovechó de lo muy ocupado que estaba cada cual en divertirse, para cortejar a su adorada, confiando en que no sería notada su asiduidad. Ella parecía mucho más comunicativa que de costumbre, haciendo, haciendo mil mohines cada vez que mi amigo se empeñaba en hacerla beber otra copa de champaña, ese vino pérfido, enemigo encarnizado de la virtud y cuyos efectos son diabólicos en las mujeres. Llegó la hora del regreso con verdadero pesar para todos. Nadie quería poner punto final a tan linda fiesta; pero al fin fue preciso resignarse, porque la oscuridad se nos venía encima, con esa rapidez con que se oculta y aparece el sol en los trópicos. Carlos tomó asiento al lado de ella en la última lancha, mientras el marido, muy chispo, se empeñaba en quitar el remo a uno de los bogas. Alborotó un rato por la negativa del hombre, quedándose después profundamente dormido.

A la bulla y algazara de la fiesta sucedió el silencio. Todos callaban, adormecidos por el suave balanceo de las embarcaciones y el rítmico golpear de los remos, que hacían brotar placas azulosas cada vez que herían el agua. De las orillas llegaban a bocanadas efluvios preñados de aromas tropicales, entre los que dominaba el voluptuoso perfume de las resedas. Apenas podían distinguirse ya en la penumbra las manchas negras de las embarcaciones que iban delante; los sonidos de la marimba se oían cada vez más distantes. Carlos contemplaba a su hermosa compañera que parecía absorta y cerraba de vez en cuando los ojos como persiguiendo una visión. Pasado un gran rato, ella se puso a mirar las luces que ponían los remos en el agua, y curiosa de probar el efecto por sí misma, intentó golpearla con la mano. Carlos se la arrebató, diciéndole en voz baja y apasionada: “Es mucha imprudencia, esta agua están llenas de tiburones”. Ella no contestó nada, ni tampoco retiró la mano que Carlos conservaba entre las suyas. Entonces, de sopetón, sin preámbulo alguno, Carlos se lo dijo todo: su amor insensato, sus penas, sus esperanzas. Ella temblaba, mirándole con sus ojos negros que resplandecían en la noche con un destello aterciopelado y lleno de caricias. Un sacudimiento de la lancha les anunció que habían llegado. Carlos, ebrio de pasión, murmuró una súplica a su oído; ella procuraba resistir,

negar lo que su amante le pedía, no sé qué de ventana abierta a media noche; pero en el momento de saltar a tierra, contestó que sí con voz desfallecida, casi angustiada.

- Pero veo - continuó el general – que esta historia se ha hecho demasiado larga y voy a procurar abreviarla. El resultado fue que mi amigo Carlos obtuvo una cita para aquella noche. Ya supondréis si estuvo puntual a la hora convenida; pero el pobre se encontró con la ventana cerrada. Tocó discretamente para anunciar su presencia, y por toda respuesta obtuvo los vigorosos ronquidos del dichosísimo marido. “Vamos, pensó el burlado seductor, el cuarto de hora ha pasado ya”. A la mañana siguiente la bella había desaparecido. Ahora bien, mi querida doña Soledad, ¿no cree usted que si el dichoso momento dura un poco más, o en vez de ocurrir en una embarcación..?

Esa historia que acaba de contar el general – interrumpió con sorpresa de todos la señora que había intentado marcharse al principio de ella y a la cual llamaban María – me fue referida en aquella misma época por la persona a quien ocurrió y que ya no existe. De manera que la conozco tan bien como el general y tal vez mejor. Voy, pues, a rectificar su desenlace, que ha sido un tanto alterado por el narrador, el cual en todo lo demás se ha ceñido a la más estricta verdad. Esa pobre amiga mía, que estuvo en un tris de dar un mal paso, llevó su locura al extremo de dejar su ventana abierta como lo había prometido; pero el seductor, a no dudarlo, compadecido de su debilidad e inexperiencia, pues apenas tenía veinte años, no acudió a la cita. Después de este lance desgraciado, arrepentida y abochornada de su conducta, mi amiga fue siempre modelo de honradez.

- No estoy convencida, no estoy convencida – repetía doña Soledad.

- Si fuéramos a cenar; son las doce de la madrugada – dijo alguien.

- Buena idea – respondió el general poniéndose de pie.

Todos hicieron lo mismo, encaminándose al salón donde estaba dispuesta la cena. El general cerró la marcha, dando el brazo a la señora que le había interrumpido. Cuando se convenció de que nadie les podría escuchar, le preguntó al oído:

- Dígame la verdad, María; ¿es cierto que dejara usted la ventana abierta?

- Sí, general, y toda la vida he agradecerle su generoso proceder.

- Pues no me agradezca usted nada, porque las cosas pasaron tales como las he referido. Sin duda equivoqué la ventana. ¿No era la segunda yendo hacia la mar?

- No, general, la tercera; esa otra era la del cuarto de mi marido.

- Lo siento, María, lo siento muy de veras – murmuró el general retorciéndose el bigote cano con ademán de conquistador.

Hojarasca

Las hadas negras

Perdido en el corazón de la sierra, inaccesible a los hombres, el viejo volcán muerto era el lugar señalado para el aquelarre. Su cráter parecía despertar de un sueño de siglos con la algarabía de la multitud de seres fantásticos congregados allí en espantable saturnal, para celebrar misterios horrendos a la luz de la pálida luna. Espectáculo indescriptible, digno del loco pincel de Goya; mascarada pavorosa en que se mezclaban viejas desgredadas y lúbricas, y hermosas jóvenes en lascivas actitudes de vacantes. Feos gnomos, barbudos y deformes, retozaban haciendo sonar los cascabeles de sus gorros, en tanto que horribles brujas, sentadas en cuclillas alrededor de grandes calderos llenos de filtros abominables, atizaban las hogueras con sus dedos flacos, armados de largas uñas encorvadas. Galápagos, culebras y multitud de sabandijas asquerosas se arrastraban por entre las patas de monstruos estafalarios, como los que se ven en las gárgolas de las catedrales góticas; y todos esos abortos del infierno fraternizaban alegremente. El tumulto crecía por instantes con la llegada de nuevos asistentes, ávidos de concurrir al Sábado. Los hechiceros y nigromantes volaban agitando sus negras alas, a semejanza de murciélagos enormes, y las brujas venían cabalgando por el aire sobre palos de escoba. En un extremo, envuelto en sombras, alzabase el trono rústico de su Majestad Satán, el soberano todopoderoso cuya figura siniestra aparecía indecisa en la penumbra, con un sombrero empenachado de plumas de gallo negro. A su lado estaba su compañera, la más joven y hermosa de las brujas, desnuda y coronada de flores silvestres.

- ¡Abraxas! ¡Abraxas! ¡Abraxas! - grita ésta de pronto.

Al oír la palabra mágica todos enloquecen, y lanzando alaridos frenéticos se precipitan para adorar el soberano. Su compañera lo acaricia en medio de la terrible algazara. Luego empieza el banquete, inmunda orgía en que se escancia un vino diabólico, a la luz vacilante de las antorchas y de los cirios verdes que blanden algunas de las brujas. Todos se aman sin pudor, ebrios de vino y de lujuria. Al banquete sucede la danza. Las manos se unen, suenan las flautas y los tambores y la concurrencia parte en farándula vertiginosa, vuelta de espaldas a Satán, cuyo cuerpo velludo se yergue fatídico en el centro del círculo que gira, bañado por el rojo resplandor de los fuegos sobre los cuales van saltando los danzantes. Llega después la hora de la misa negra y la bruja favorita se prosterna para que sus ancas sirvan de altar. Un demonio se acerca en ademán de oficiante para consumir el sacrilegio; mas de pronto un grito de alarma interrumpe el siniestro escarnio. Cesa el bullicio, al que sucede un momento de zozobra:

-¿Quién osa turbar nuestros misterios? – interroga Satán con voz ronca y amenazadora.

- Señor – contesta un diablillo – son tres hadas negras que desean verte y probar el alcance de tu poder.

Tráelas a mi presencia.

Desaparece el diablillo y vuelve luego con las hadas que tiemblan de pavor. Las rodean gentiles elfos y gnomos deformes, codiciosos de su belleza.

- ¿Quiénes sois y qué pretendéis de mí? – pregunta Satán.

- Poderoso Príncipe de las tinieblas – responde una de ellas, la más linda, henos aquí postradas a tus plantas en demanda de una gracia que no ha podido concedernos ninguno de los misteriosos espíritus del mundo; pero tú, cuyo poder es infinito, nos la vas a otorgar si te mueve a compasión nuestro infortunio. Somos hermanas las tres, nacidas el mismo día y de una misma madre; y aunque ahora ves nuestros cuerpos negros como el azabache,

éramos al nacer más blancas que los nardos. De cien leguas a la redonda venían las gentes a conocernos, tal era la fama de nuestra gentileza; y esta fue la causa de la desgracia que nos amarga la existencia; porque otra hada, enemiga y rival de nuestra madre, resolvió vengarse de ella empañando lo que era su mayor orgullo: la hermosura prodigiosa de sus hijas. Vanos fueron todos los cuidados que se tuvieron para precavernos de la maldad de tan rencorosa enemiga. Un día se le ofreció la ocasión que tanto deseaba. Dormía nuestra madre sobre la hierba fresca a la margen de un río y nosotras flotábamos sobre una cuna de hojas de nelumbo, oculta entre los juncos de la ribera, cuando asomó el hada perversa. Al amparo del traidor silencio con que se fue acercando pudo llegar hasta nosotras, sin que la sintiese nuestra madre, y cubrírnos con un velo que tiene la virtud de ennegrecer la más cabal blancura. Agotados han sido todos los medios para destruir el maleficio; los más hábiles conjuros y encantamientos han fracasado ante su misterioso y terrible poder; negras nos quedamos y negras seguiremos siendo si tú no lo remedias. ¡Oh, Satán, señor omnipotente del mundo de las tinieblas, sé generoso y vuélvenos nuestra piel de armiño y rosas!

- Me place acceder a vuestro ruego- replicó Satán y, dirigiéndose a la concurrencia que había escuchado en silencio, exclamó con acento imperioso:

- ¡Oíd, espíritus infernales, demonios, brujas, hechiceros, gnomos, vestiglos y trasgos!

A este llamamiento todos se acercan en actitud humilde.

- Oíd lo que os mando – prosiguió Satán-. Juntad vuestra ciencia diabólica y devolved a estas hadas negras su perdida blancura.

- Señor – grita una bruja centenaria, horrible y desdentada -, el filtro que ha de obrar esa maravilla yo lo conozco; pero su composición requiere dos cosas de que no dispongo: la sangre de un niño recién nacido y el corazón de un avaro.

- Ven aquí, Asmodeo – llamó Satán -, tú, el más listo de mis demonios, parte en el acto y trae en seguida lo que esta vieja pide. Roba a la madre feliz el hijo de sus entrañas y rasga con tu puñal el duro corazón del avaro.

Asmodeo desaparece en una espiral de humo y pocos minutos después regresa triunfante. La vieja se pone entonces a preparar todos los ingredientes y pronuncia los conjuros, después lo echa todo en un caldero, revuelve los tizones y masculla fórmulas cabalísticas. Brilla con fuerza la lumbre y empieza de nuevo la danza infernal en torno de la hoguera. Crecen más y más las llamas, pinos enteros se retuercen con lúgubres estallidos y la vieja no cesa de atizar el fuego. El cráter se estremece de placer como renaciendo a una nueva vida; los demonios mismos admiran la intensidad de la hoguera y es milagro que no se funda el caldero.

- ¡El alba! ¡El alba! – claman varias voces y por encanto desaparecen todos. La vieja, montada en su palo de escoba, grita desde lo alto:

- Si el corazón del avaro está blando, el filtro es bueno y bebiéndolo recobraréis vuestra blancura.

*

* *

El fuego se ha extinguido y las tres hadas se acercan ansiosas al caldero. Sacan el corazón y lo palpan. ¡Oh, dolor! ¡Está petrificado! Todos los fuegos del infierno no han podido ablandarlo.

Entonces, con el pecho lleno de sollozos y los párpados cuajados de lágrimas, alzan también el vuelo, y al llegar a la cumbre del volcán, los rayos del sol naciente pusieron en sus desnudos cuerpos un destello sombrío como el de las perlas negras.

Hojarasca

Rafael Ángel Troyo

Las manzanas

Por el sendero perfumado y lleno de la tibia luz de la mañana iba lentamente el señor Cura. Bajo el brazo llevaba un paraguas de verde tela y en su vieja y lustrosa sotana, el sol ponía refulgencias de seda. Iba pensativo, y de cuando en cuando se detenía a aspirar con deleite la fresca brisa olorosa a azahares que venía de la montaña, o sacaba de su bolsillo la desteñida petaca de cuero, de donde tomaba poquitos de rapé con que se refregaba la nariz.

Descendía el sacerdote la estrecha pendiente, espantado con su larga y negra figura los alegres pajarillos, cuando oyó a lo lejos un murmullo de risas cristalinas. ¿Qué será aquello? se dijo el buen pastor prestando atención, y picado por la curiosidad, dirigió su despacioso andar hacia allá, abajo... A poco, y siguiendo siempre al lugar de la algazara, se internó en una frondosa montañilla, de donde brotaba un riachuelo que presuroso se perdía por entre las verdes praderas...

- ¡Ah! Son las ninfas que juegan en el río – pensó -probablemente voy a una fuente encantada... Y temeroso de espantarlas, como a las alegres avecitas del camino, encorvóse para no topar con las ramas, y empezó a andar despacito, cuidadoso de que no fueran a quebrarse las hojas secas bajo sus pies. Y a medida que avanzaba, los gritos y las risas se oían más cercanos. De pronto, y a través de una tupida enramada, el sacerdote vio la hermosa fuente que formaba el río y que rodeaban sauces de luengas y susurrantes cabelleras. Y bajo la dulce y misteriosa claridad que traspasaba el toldo umbrío que tejían las ramas de los altos árboles, el cura, todo sorprendido, vio con asombrados ojos: ¡Mujeres! ¡Mujeres!, no ninfas.

Sobre el muelle césped que se extendía a la orilla, una linda muchacha medio desnuda e indolentemente recostada, reía, reía bulliciosamente, en tanto que con uno de sus breves pies, golpeaba el agua que caía en menuda lluvia sobre la superficie; y entre el río, - ¡oh pecado mortal! - se dijo el señor santiguándose, desnuda y divina, otra bella mujer, cuyo busto a flor de linfa mostraba la preciosa turgencia de sus senos sonrosados y pequeños. Y el sacerdote que por primera vez en su mística vida contemplaba tal cosa, extasiado se decía: - ¡Parecen manzanas! ¡Qué pecado! ¡Qué pecado!, y por su cuerpo de carne inmaculada, sintió pasar un extraño escalofrío...

Al fin, y como un enorme ramillete de lirios, todo blanco, surgió de entre las aguas, el cuerpo de aquella hermosa mujer. El señor cura cerró los ojos, y persignándose, se alejó despacito, con cuidado, que no fueran a quebrarse las hojas secas bajo sus pies, y repitiendo entre dientes: -¡Parecían dos manzanas aquellas cosas! ¡Qué pecado!...

Y por el sendero lleno de la tibia luz de la mañana, el señor cura siguió camino de su casa.

*

**

A la hora acostumbrada, sobre un blanquísimo mantel, la vieja hermana del eclesiástico servía el almuerzo entre dos floreros azules, cargados de nardos y azucenas. En frente, y por la abierta ventana que daba al huerto, oloroso a tomillo y a yerbabuena, se veían los floridos arbustos y la roja torre de la iglesia.

- Aquí tenéis, hermano,- dijo la flaca viejecilla, presentando al señor cura, en un plateado plato, dos manzanas sonrosadas y pequeñas; - son las primeras de esta cosecha, añadió - probadlas, que de seguro os gustarán. - Y el señor cura, encendido como la grana, santiguándose, y apartando a un lado las frutas, exclamó en el como de su turbación: - ¡Parecían dos manzanas! ¡qué pecado! ¡qué pecado!

Topacios

En la llanura inmensa

Por el erial inmenso y solo que cubría la nieve con su punzante frío, y bajo la desolación de un enlutado cielo, caminaba un fúnebre convoy; en un desvencijado carro que rechinaba con lastimero alarido, iba la tosca caja pintada de negro, donde se bamboleaba el cadáver. Tres aldeanos tiraban del vehículo, y les seguían, un joven que cargaba las palas y el pico, y más atrás, un anciano con una larga cruz sobre los hombros.

Y en esa solitaria estepa no había árboles, ni hombres, ni chozas...

Y como tropel de toros salvajes, un viento desgarrador, pasaba mugiendo por el vasto desierto.

Qué lejos quedaba la aldea, ya no se veía el alto campanario de la iglesia. Y la noche con su negra procesión de sombras, iba invadiendo el pálido horizonte...

De pronto, uno de los grupos, dijo:

-¡Paremos aquí!- y no se oyó más el lúgubre gemido del carro funeral. Entonces, comenzaron las palas silenciosamente a remover la nieve, y el pico, con monótonos golpes iba mordisqueando la helada tierra, arrebatándole endurecidos pedazos.

El frío era intenso, los hombres callaban como si temiesen que sus palabras se fueran a congelar.

El cielo, cubierto de compactas nubes, parecía descender sobre la gélida llanura.

Cuando ya el hueco se agrandaba, una voz rugió:

¡Eh!, ¡más honda esa fosa! ¡Más honda!, que así lo dijo el señor Cura, para que el polvo de ese maldito suicida, no lo aviente después sobre la tierra, el viento gemidor...

El joven campesino que cavaba la fosa, dijo con aguardentosa voz:

-Pobrecita la vieja que lloraba abrazada al ataúd, hubo que pegarle, para que no siguiese el cadáver del hijo suicida. Y otro aldeano añadió:

-Bien hecho, permitir eso, habría sido un atroz sacrilegio.

A poco, la fosa estaba concluida, la fosa tan honda y tan negra...

Los aldeanos conmovidos, contemplaron aquella enorme boca que se abría amenazante, en medio de la blancura de la nieve.

Y entre todos, en un trágico silencio, comenzaron a bajar el ataúd que crujía.

-¡Es el muerto que solloza! -exclamó uno, los demás hombres rieron.

-Luego, paletadas de tierra, una tras otra, una tras otra, fueron cayendo sobre la pobre caja, hasta llenar la fosa. Después, clavaron la cruz, y rechinando el carro con melancólico alarido, por la llanura inmensa y sola que amortajaba la nieve, se alejaron pensativos los aldeanos.

Topacios

DATOS BIOBIBLIOGRÁFICOS

Ricardo Fernández Guardia nació en Alajuela en 1867. Murió en 1950. Se educó en Europa y trabajó en la carrera diplomática. Escribió en los periódicos y revistas modernistas de la época, como Cuartillas (1894) y La Revista Nueva (1903). A raíz de la publicación de su libro de cuentos Hojarasca defendió la libertad del artista y las propuestas modernistas ante la posición nacionalista de Carlos Gagini y otros escritores.

Obra literaria [5]

Hojarasca (1894)

Cuentos ticos (1901)

Magdalena (teatro 1902)

La miniatura (1920)

Crónicas coloniales (1921-1937)

Cosas y gentes de antaño (1935)

Rafael Ángel Troyo nació en Cartago en 1875 y murió en esa ciudad en 1910. Viajó por Europa y escandalizó a la sociedad de su tiempo con sus comportamientos bohemios. Dirigió las revistas literarias Pinceladas, la Selva y La Musa Americana.

Obra literaria [5]

Terracotas (1900)

Ortos (estados del alma) (1903)

Corazón joven (novela, 1904)

Poemas del alma (1906)

Topacios (1907)

Roberto Brenes Mesén nació en San José el 6 de julio de 1874. Obtuvo el título de maestro normal en el Liceo de Costa Rica. Siguió estudios de Derecho y posteriormente viajó a Chile donde hizo estudios filosóficos en el Instituto Pedagógico. Trabajó como profesor en diversas instituciones, entre ellas el Liceo de Costa Rica, el Liceo de Heredia, en el Colegio Superior de Señoritas y fue director del Colegio San Luis Gonzaga y de la Escuela Normal. Como muchos escritores de su época, se interesó por la teosofía e ingresó en 1908 a la Sociedad Teosófica. Ejerció varios cargos públicos, como el de Secretario de Instrucción Pública en 1913 y el de ministro de Costa Rica en Washington. Se desempeñó como profesor en las universidades de Syracuse, en Nueva York y Northwestern, en Chicago. Murió en San José en 1947.

Además de poesía publicó *El misticismo como instrumento de investigación de la verdad* (1921) y otros ensayos filosóficos, y diversos estudios sobre poesía y gramática castellana.

Obra poética [3]

El canto de las horas (1911)

En el silencio (1907)

Hacia nuevos umbrales (1913)

Voces del Ángelus (1916)

Pastorales y jacintos (1917)

Los dioses vuelven (1928)

En busca del Grial (1935)
Poemas de amor y de muerte (1943)
En casa de Gutenberg, banquete platónico y otros poemas (1945)
Rasur o Semana de esplendor (1946)

Lisímaco Chavarría nació en San Ramón en 1875. Publicó sus dos primeros libros bajo el nombre de su esposa, Rosa Corrales de Chavarría. Con Poema del agua obtuvo el premio en los Juegos Florales que organizó la revista Páginas Ilustradas en 1909. Murió en 1913.

Obra poética [3]
[Chavarría, Rosa de] Nómadas (1904)
[Chavarría, Rosa de] Orquídeas (1904)
Desde los Andes (1907)
Añoranzas líricas: poema vivido (1908)
Manejo de guarías (1913)
Palabras de la momia (1919)
Poesías (1940)